

Lowell Gudmundson y Justin Wolfe [editores]. ***La negritud en Centroamérica. Entre raza y raíces.*** San José: Universidad Estatal a Distancia, 2012, 505 pp.

Germán Negrete-Andrade¹

Conocer las expresiones de la cultura y la historia de los pueblos afrodescendientes en América implica acercarse a un panorama amplio que abarca música, ritmo y baile, comidas y bebidas, cultivos para alimentar el cuerpo y el espíritu, procesos de resistencia al sistema represivo de la esclavitud, plantaciones asociadas a la explotación laboral, marginación y adaptación, luchas libertarias, confrontaciones políticas, corporalidades y sexualidad, debates raciales, oralitura, transculturación, religión y creencias, todo en un solo paquete que articula la identidad de los pueblos y las personas que dan vida a la diáspora africana en América. En esta reseña se revisarán algunos de esos elementos tomando como punto de referencia la zona geográfica centroamericana pasando por Amantitlán, Costa Rica, La Mosquitia, Omoa, Guatemala y Nicaragua, a la luz del libro *La negritud en Centroamérica. Entre raza y raíces*.

Este libro comprende dos grandes partes descritas así: “Mundos coloniales de esclavitud y libertad” y “Haciendo naciones y reinscribiendo raza”. Hagamos una mención a algunos elementos conceptuales de los trabajos que le dan cuerpo al libro, al revisar la estructura de estos dos capítulos. En la primera parte Paul Lokken, Russel Lohse, Karl H. Offen, Rina Cáceres y Catherine Komisaruk presentan un recorrido por distintos escenarios que construyeron y habitaron los africanos esclavizados y sus descendientes. El primero de ellos hace una definición de sus orígenes cuando llegaron a Guatemala entre los siglos XVI y XVII, y señala que procedían con frecuencia de África occidental, en particular de los grupos Angola, Anchico, Bran, Congo y Banon; lo que da como resultado una transformación de la sociedad guatemalteca.

Vemos la descripción del cambio de la mano de obra indígena por la nueva fuerza laboral africana en las haciendas cacaoteras como parte de un naciente sistema productivo en Matina, Costa Rica. Además, se pensaba que los cuerpos de los africanos esclavizados eran más resistentes a la malaria y a las fiebres malignas que

1. Universidad de Antioquia.

los de cualquier indígena o blanco que pisara las tierras costarricenses por aquellos tiempos. El cacao se convirtió en una moneda de compra y venta, y los esclavos tenían acceso a una pequeña porción de la producción, lo cual les abrió una ventana para entrar en un sistema económico que trajo como consecuencia —afortunada para ellos— la posibilidad de tener un estilo de vida casi libre, e incluso algunos llegaron a comprar su libertad con las utilidades recabadas de los sembradíos de cacao.

Anotamos que en la Mosquitia colonial se intentó explicar la diferencia para justificar la esclavitud y fomentar el privilegio de los blancos. Siendo el mestizaje un hecho crucial se necesitó implementar una serie de categorías distintivas desde la racialización. Dadas las relaciones del pueblo miskitu con las rutas de comercio inglesas, crearon en su imaginario un “blanqueamiento” que solo apreciaban con sus propios ojos, generando así una forma de vivir su “Piel negra, máscaras blancas”, para usar la expresión que titula el libro de Frantz Fanon.²

En Omoa se vivían toda suerte de debates en torno del estatus, el acceso y los vínculos de la población esclava en las esferas comerciales. Los principales trabajos para los africanos esclavizados eran las tareas de construcción de obras civiles, cuadrillas de limpieza y carpintería. Es interesante el aspecto que describe Rina Cáceres sobre las mujeres en este contexto colonial, cuando menciona que las afrodescendientes servían de apoyo para el desmonte en los cultivos, y señala que con frecuencia las jóvenes sufrían abusos por parte de los capitanes de cuadrilla que detentaban un poder ilimitado y, en ocasiones, por los mismos negros.

Leemos otro punto de referencia sobre la esclavitud y el mestizaje en Guatemala cuando Catherine Komisaruk nos menciona que este país centroamericano tuvo unas lógicas particulares en las relaciones esclavistas, puesto que los amos estaban prestos a manumitir a sus *piezas* por las constantes tentativas de huida y sublevación, aceptando una manumisión que seguía operando por otra vía: una economía extractiva donde el esclavo constituía el eje de la producción. Sin embargo, lo anterior abre un debate sobre los africanos esclavizados y sus descendientes: entre las posibilidades que tuvieron de ser libres o hacerse ladinos.

Con los trabajos de Justin Wolfe, Lowell Gudmundson, Juliet Hooker, Lara Putnam, Ronald Harpelle y Mauricio Meléndez Obando se ensambla la segunda parte del libro. En ella nos queda claro que en la Nicaragua de mediados del siglo XIX se presentan una serie de luchas políticas en medio de un creciente liberalismo popular, guerras civiles, intervención extranjera y un nacionalismo emergente (p. 239); los afronicaragüenses intentaron conseguir un espacio de figuración y acción política, pero era evidente que los blancos dominaban la escena pública, y a lo largo de todo el siglo XIX la desigualdad racial y discriminación permanecieron como una “cruel coyunda”.

En el siguiente capítulo del libro se plantea la pregunta por la importancia del color de piel a finales del siglo XIX en el mismo país. Se referencian varias tablas que categorizan la población nicaragüense en blancos, indios, mestizos, mulatos,

2. Título original: *Peau noire, masques blancs*. Versión referenciada: Frantz Fanon. *Piel negra, máscaras blancas* (Madrid: Ediciones Akal, 2009).

negros y zambos. No obstante se buscó efectuar un “blanqueamiento” de la nación anulando las etnicidades y las expresiones de la cultura que no fueran de la gente blanca, y por aquella época los mismos nicaragüenses lo aceptaban y replicaban el patrón creando de alguna manera un “país sin negros”.

La racialización del espacio y la distribución espacial de la raza es el debate que plantea Hooker. Indígenas y negros en La Mosquitia son considerados como inferiores y se les estigmatiza como salvajes, legitimándose así un control de las elites sobre los derechos de los otros, llámense indígenas o negros. Es válido señalar que aquellas ideas colonialistas tienen repercusiones estructurales en la conformación actual de la sociedad nicaragüense.

Múltiples migraciones, flujos y reflujos de hombres y mujeres afrodescendientes en las distintas regiones de América Central y el Gran Caribe, todos en busca de oportunidades laborales en medio de la tambaleante economía de finales del siglo XIX y principio del XX. Los trabajos para los afronorteamericanos y afrocaribeños estaban mediados por las necesidades de producción que la inversión del capital extranjero decidiera realizar con sus nacientes empresas transnacionales. A pesar de la significativa presencia de las poblaciones afrodescendientes, no se logró quitar la marca de ser foráneos al fin, en medio de un racismo estatal anti negro y una serie de políticas de restricción migratoria.

Ligado a lo anterior, Ronald Harpelle presenta las “zonas blancas” que construyeron empresas multinacionales encabezadas por la United Fruit Company a principio del siglo XX en Centroamérica. Las zonas blancas tenían un conjunto de elementos para dar comodidad, lujos y excentricidades a los empleados blancos estadounidenses y europeos. Las esposas de los hombres que venían como mano de obra extranjera cualificada, sirvieron para implementar un control sobre las posibles relaciones de sus esposos con las mujeres locales. En ese sentido, las mujeres desempeñaron un papel determinante en las zonas blancas: los hombres optimizaban la producción en la empresa mientras ellas construían un “hogar ideal” con los hábitos y las buenas costumbres aprendidas en sus países de origen, lo que en últimas era el binomio perfecto para maximizar las utilidades de la empresa. Estos espacios habitados por los blancos sirvieron para acentuar la segregación social, al crear una barrera física y de clase en los distintos lugares donde existieron estos gallineros cercados con alambres de púas.

Meléndez Obando relata cómo una variedad de procesos raciales, políticos, sociales y culturales han hecho que la visibilización y el reconocimiento de las poblaciones afrodescendientes en Costa Rica y Nicaragua sea absolutamente difuso. Pero en distintos contextos ha sido fundamental el aporte afro en las sociedades costarricense y nicaragüense; se mencionan personajes significativos en la esfera política, héroes locales, destacados literatos y recordados obispos que tuvieron un linaje con raíces afrodescendientes, los cuales aprovecharon decididamente un renovado panorama público que se abrió desde 1821 y con el cual las poblaciones negras de Costa Rica y Nicaragua comenzaron a liberarse del tutelaje del colonizador blanco y a borrar la marca de una exclusión centenaria. Es claro que el

parentesco y las relaciones filiales de los afrodescendientes han transformado y dinamizado las sociedades centroamericanas.

Con esta compilación de artículos se busca desmontar la idea clásica de que las manifestaciones dispersas de los africanos esclavizados tienen su epicentro en las islas del Caribe, y en las costas de países de Suramérica: Brasil, Colombia, Guyana y Venezuela. Este trabajo sobre el contexto geográfico centroamericano nos muestra todo lo contrario, ya que devela, de manera puntual y contundente, que en la tierra firme de América Central también se experimentaron tiempos coloniales, y se sigue viviendo en nuestros días la presencia de gente afrodescendiente; amarrando raza y raíces en diferentes contextos sociales, económicos, políticos y culturales.